

amenazaba con rompernos las nalgas con una cuerda de cáñamo que guardaba debajo de su cama; y entonces era el rechinar de dientes y el temblar de pies á cabeza: doña Justa tenía más carne en uno de sus brazos que nosotros en todas nuestras desmedradas personas, y era muy capaz de poner por obra lo que anunciaba.

Luego que supe *decorar* y estuve listo en catecismo hasta *declaraciones y misterios*, mi padre dispuso que pasara á la escuela que el Ayuntamiento sostenía en el lugar. Dicen que en otros pueblos que no habían tenido la fortuna de contar con un filántropo que legara su hacienda en beneficio de la instrucción, andaban las cosas peor que en el mío; ignoro si será cierto; pero si era así, muy mal debe de haber estado todo.

Componían la escuela dos galerones oscuros y vastos en que nos aglomerábamos hasta trescientos muchachos, desde rapaces que no alzaban vara y media del suelo, hasta chicarrones que ya tenían bozo ó indicios de él. Desbravaba á todo aquel pueblo de gente menuda el maestro don Calixto Ruiz, hombre como de cincuenta años, recio de miembros, metido en carnes, con gran barba que amarilleaba en las cercanías de los labios por causa del íntimo contacto con el cigarro de estanco que fumaba continuamente, y vestido con chaqueta de dril blanco y pantalón de pana. Aún me parece verlo con su gesto habitual, alzarse los pantalones con el codo del